



UN VERDADERO «MAESTRO DE LA FE»

Escrito dominical, el 15 de enero

Os confieso que las veces que he estado con Benedicto XVI me han dejado huellas de un verdadero «maestro de fe», con una experiencia mística vivida desde la sencillez de los que saben estar y desaparecer con sencillez en el momento adecuado.

Tras su fallecimiento, y con las imágenes de sus exequias que ya para siempre conservaremos en nuestra memoria colectiva, quiero subrayar las que, a mi juicio, son tres intuiciones contemplativas de un verdadero «maestro de fe», que se sitúa a la altura de las grandes personalidades de la historia de la Iglesia.

1. La centralidad de Cristo, vivido en la Eucaristía y en la primacía de la Palabra, invitando siempre a un encuentro personal con Jesús. Se comienza a ser cristiano con un encuentro con una Persona viva que te cambia la vida, el corazón, el paisaje y te lleva a la santidad sencilla, humilde y gozosa como vivió la Madre de Dios. De esta centralidad de Cristo vivido en la Eucaristía todos recordamos su testimonio, en medio de la gran tormenta que se desencadenó sobre Cuatro Vientos en la vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud del año 2011, en Madrid, cuando Benedicto XVI permaneció sereno, en silencio sobrecogedor, arrodillado y centrado única y exclusivamente ante Cristo sacramentado en la custodia de Arfe de nuestra catedral. Un gesto que conmovió a los cerca de dos millones de jóvenes participantes en el encuentro que, impresionados por el Papa, se recogieron también en oración silenciosa ante el Señor.

2. Por vivir, como dijo el Papa Francisco el día antes de su entierro, en la catequesis de los miércoles, una «teología arrodillada», que transmitía y unía dogma y espiritualidad, fe y vida, sin consentir la ideologización del cristianismo y sin pactar con un tradicionalismo sin Vaticano II, del que tanto habló como continuidad sin ruptura. Nos condujo, como luego seguirá haciendo el papa Francisco, al evangelio como buena noticia para los pobres, sin convertir la Iglesia en una ONG, ni tampoco un espiritualismo desencarnado, sino apasionada por el hombre y la mujer de nuestro tiempo, siempre necesitados de orientaciones para no caer en la civilización y la cultura de la muerte y del relativismo moral. Así, nos recordó que la Iglesia ha de ser capaz de anunciar siempre que el amor a Dios y al prójimo constituyen una realidad inseparable, que el amor al prójimo «consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento» (Deus caritas est, 18).

«Entonces –añadía– aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo... Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita» (ib.).

3. Por último, percibí la sabiduría humilde de los pobres. Cuando en conciencia y en presencia de la Trinidad y de toda la Iglesia, presentó su renuncia para ser papa emérito, caso de unas características únicas en la historia del papado, lo hizo con seriedad, coherencia, serenidad y humildad. Algunos le dijeron que se había bajado de la cruz. Quizás recordaban a san Juan Pablo II que alguna vez dijo esta expresión en su grave enfermedad. Benedicto XVI repitió y convenció con su coherencia y sabiduría humilde, que la Iglesia esta en buenas manos, en las manos del Señor que la lleva en su Corazón y la cuida. La Iglesia esta en buenas manos.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España